

Diablotexto *Digital*



FRANCISCO DÍAZ DE CASTRO: *CUESTIÓN DE TIEMPO. POESÍA 1992-2017*
Renacimiento: Sevilla, 2017, 147 pp.

MARÍA PAYERAS GRAU
UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS

Cuestión de tiempo es un recopilatorio en el que Francisco Díaz de Castro agrupa su obra poética publicada desde 1992 hasta hoy. El título enfatiza la importancia de la representación del tiempo en su obra poética, un aspecto que no solo recorre la temática de todos sus poemarios, sino que es consustancial a la propia estructura de la obra.

Francisco Díaz de Castro ha ido escribiendo al hilo de la vida que transcurre. Cada día pasado ha dejado su impronta en el escritor y este en un personaje literario que ha crecido con él, haciéndose progresivamente más consciente y elaborado, pese a la visible cercanía del mismo respecto a la realidad biográfica de su autor.

El volumen supone, no obstante, una considerable depuración que relega parte de su obra publicada a una zona de sombra y reorganiza un conjunto coherente en el que, desde su posición actual, el escritor se reconoce. Al margen quedan su primer libro (1986) y también una parte considerable de *El retorno* (1994), su segundo poemario. La ablación quirúrgica afecta también de forma sustancial a *Navegaciones* (1997), del que solo sobreviven ocho poemas de los diez que ya en su día se trasladaron a *La canción del presente* (1999) y uno más que se ha integrado ahora en *El mapa de los años* (1995). Aunque no todo son supresiones: al final del volumen se incorporan once poemas inéditos bajo el



título “Verano con Duke y otros poemas”. El doble movimiento de construcción y deconstrucción implícito en el proceso representa la medida de una realidad imposible de ahormar, de fijar a conveniencia, por ello el seguimiento de ese proceso arroja luz sobre el proceso creador.

Desde antiguo, el autor ha manifestado una tendencia a organizar los poemarios de acuerdo con el mapa conceptual y emocional del momento. Como la forma de la duna que él mismo canta, la poesía de Francisco Díaz de Castro se presenta al lector como un todo proteico, en el que los nuevos moldes surgidos al reorganizar sus poemas nacen de movimientos interiores del autor y de necesidades expresivas que van encontrando acomodo de acuerdo con la evolución de la experiencia personal.

La reordenación de materiales que tiene lugar en *Cuestión de tiempo* (2017) implica asimismo una relectura de cada uno de los poemas, pudiéndose detectar algunas variantes en el cotejo de *Cuestión de tiempo* y las primeras ediciones de sus poemarios. La mayor concentración de este tipo de modificaciones se produce en los libros más antiguos, tendiendo a desaparecer, prácticamente, de los más recientes. Las razones de los cambios suelen ser bastante obvias: muchas veces se trata solo de reconstruir tipográficamente los versos para presentarlos escandidos de forma que se restituya visualmente su unidad rítmica; otras veces es la necesidad de pulir un vocablo, de sustituirlo por otro más certero o más acorde con el matiz buscado; algunas veces más, el poeta relee su obra con ojos actuales y afina la voz para adaptarla a la experiencia adquirida o a la percepción actual. También en estos cambios se deja ver de qué modo el tiempo se transforma en sustancia poética.

El resultado final favorece una imagen coherente de la obra escrita por Díaz de Castro a lo largo de veinticinco años, ofreciendo un conjunto compacto, denso, riguroso en sus elecciones. *Cuestión de tiempo* refleja el ejercicio de su autor por resaltar la unidad esencial de su obra, el largo y lento viaje hacia el centro de sí mismo a través de la poesía. No es esta una práctica ingenua porque el autor conoce bien los entresijos de su oficio y sabe contrapesar eficazmente la transparencia de la palabra y de las imágenes con filtros distanciadores como la ironía, el correlato objetivo, el diálogo interartístico e intertextual, la creación



de máscaras, etc. Pero el hombre que se mira en el poema puede ver –como quería el maestro Ángel González– su propio rostro hecho carne de poema, verdadero.

De todos los empeños de la poesía de este autor, el de apresar el instante con plena conciencia de su fugacidad es uno de los más tenaces. La aguda percepción elegíaca se manifiesta obstinadamente en todos los rincones de su escritura, registrando a cada paso la imparable acción erosiva del tiempo. No solo en la evidencia de los enunciados, sino bajo la superficie de cada poema laten el tiempo y su labor de zapa, la belleza del instante y su fugacidad, la fuerza de la vida y su fragilidad. La propia superficie del enunciado poético, como queda dicho, se modifica a impulsos de la experiencia adquirida en el tiempo, ya que nada es inmune a sus efectos.

Hondamente existencial, uno de los rasgos distintivos más acusados de la obra de Díaz de Castro es su carácter meditativo. El tono de cercanía que tiene –su carácter confesional, incluso–, deriva en gran medida de la capacidad de comunicar al lector la apariencia de un pensamiento *in fieri*. El apego a la anécdota, que es otra de sus marcas definitorias, supera las posibles limitaciones de esta práctica, precisamente por el cauce reflexivo que adquieren los poemas.

En torno a estos rasgos genéricos, la poesía de Díaz de Castro evoluciona dentro de una coherencia general que la actual selección de su obra en *Cuestión de tiempo* subraya. Con la temporalidad como elemento cohesivo, su obra se construye en paralelo a un personaje que muestra sin pudor la edad, que madura y envejece al paso de los años. Teniendo, por un lado, su carácter esencialmente reflexivo y el apego a la verdad experiencial del autor como elementos estáticos, el personaje poético se muestra, por otra parte, dinámico en su propio desarrollo cronológico así como en la creación de un conjunto de máscaras, más o menos histriónicas, que van sucediéndose y velando –sólo parcialmente– el rostro del poeta que escribe.

Aunque se haya descartado casi toda la obra inicial del autor en este recopilatorio, también ella fue necesaria para el viaje del autor al encuentro de una dicción personal. Y también los personajes en los que se encarnó



inicialmente el autor allanaron la empresa de autoconocimiento y autoexpresión. En la evolución del sujeto poético, el amante apasionado de *Isla VI* (1986), el superviviente con plena conciencia de serlo de *El retorno* (1994), el centinela en perpetua imaginaria o el corsario de *Navegaciones* (1997) y *La canción del presente* (1999), el melómano y el fotógrafo que toman posesión de la palabra especialmente en sus últimos poemarios –*Hasta mañana, mar* (2005) y *Fotografías* (2008), así como en el apartado “Verano con Duke y otros poemas”– muestran los distintos rostros de un personaje que progresa a partir de un cierto núcleo de elementos constantes. El diálogo interartístico se afirma y se continúa en estas vertientes del personaje poético. La música, siempre esencial en la poética de Díaz de Castro, va cobrando en ella un espacio cada vez mayor. No son pocos los poemas contruidos sobre un modelo musical –como el vals o el bolero– o que adoptan la forma tradicional de la canción. Pero son especialmente los que dialogan con conocidas obras de jazz los que han ido cobrando fuerza y sentido crecientes en su obra. La música establece con la conciencia del poeta asociaciones libres, contrapunteadas por la emoción que emana de un abismo existencial que no deja resquicio a la autocomplacencia.

Aunque las máscaras del personaje no se alejan mucho de la experiencia cotidiana del poeta: muestran a un personaje urbano, en tensión con su entorno geográfico y social, paseante de una ciudad ocasionalmente reconocible en sus espacios, que alterna el entorno doméstico habitual con espacios interinos, que hablan de viajes y de una vida en permanente tránsito, reflexivo, observador, casi siempre solitario. Pese a los filtros que maneja, hay un ser humano reconocible al trasluz de sus versos, que ha aprendido a fingir muy convincentemente el dolor verdadero y a proyectar la luz de cada instante con la precisión de un ojo bien entrenado.

Sus poemarios enlazan unos con otros revelando una idea clara de continuidad. Si en *Isla VI* el sujeto poético establecía la prevalencia de la noche contra el día anunciado, invitando a eludir el alba, negando la luz, *El retorno* daba continuidad a esta idea, estableciendo en el alba la hora limítrofe en que el acecho del día pone coto a las engañosas seducciones del sueño y de la piel, dando paso a la lucidez, cortante, a la razón enemiga. En *El retorno*, también,



daría comienzo el ciclo elegíaco por la pérdida de la mujer amada, que culminaría en *El mapa de los años*, instalando ya para siempre una aguda conciencia elegíaca en la obra de este autor.

Por otra parte, *El mapa de los años* es un libro que habla del tránsito del sujeto poético entre dos formas de vida, habla de un ciclo clausurado por la muerte y del nacimiento de un nuevo ciclo personal, en el que las emociones van encontrando algún cauce sanador. Enlazando con *Navegaciones* –el poemario posterior– se encuentra en este libro la idea de dejar “al paio” las horas necesarias para forjar un nuevo ritmo de vida, tomando plena conciencia de su paso.

Lo que sin duda surge de *Navegaciones*, lo que la corriente arrastra hasta *La canción del presente*, aparte de un significativo conjunto de poemas que, reubicados, equilibran el sentido del momento que reflejan, es la creación de un personaje poético que recoge el perfil de un navegante que se enfrenta contra el tiempo (contra una vida avara en sus concesiones, en sus dádivas) y contra las adversidades con el espíritu de un corsario dispuesto a apropiarse de instantes y experiencias como botín irrenunciable y único que la vida no entrega voluntariamente. De forma coherente, el propio título del poemario evoca la “Canción del pirata” de Espronceda.

Entre *La canción del presente* y *Hasta mañana, mar* se fija la constancia poética del instante que fluye, que hay que atrapar en su fugacidad y disfrutar con plena conciencia. Y, aunque *Fotografías* lo corrobora, el poemario anterior, *Hasta mañana, mar* es también la obra de quien colecciona instantáneas, imágenes del momento irrepetible que se legan a la palabra como testimonios de vida. Por último, la temática musical, vinculada al jazz y los dos poemas a los que se ha hecho referencia que enlazan con el tema fotográfico, ligan nuevamente “Verano con Duke y otros poemas”, el bloque de inéditos incluido en *Cuestión de tiempo*, al poemario anterior.

Aunque tardío, Díaz de Castro es un poeta sólido que reclama un espacio en el panorama general de nuestras letras. En mi opinión, es solo *cuestión de tiempo* que lo consiga.